

# Album Salón



CENTRO EDITORIAL ARTISTICO de Miguel Segura, Rambla de Cataluña, 151. Barcelona. Precio: 4 reales.



# Album Salón

Revista Ibero-Americana de Literatura y Arte

PRIMERA ILUSTRACION ESPAÑOLA EN COLORES

AÑO II

BARCELONA, 1.º DE NOVIEMBRE DE 1898

NÚM. 29

Director-Propietario: MIGUEL SEGUÍ

Redactor-jefe: SALVADOR CARRERA

## COLABORADORES

**Literatos:** Leopoldo Alas (*Clarín*).—Rafael Altamira.—Vital Aza.—Victor Balaguer.—Federico Balart.—Francisco Barado.—Pedro Barrantes.—Marcos Jesús Bertrán.—Eusebio Blasco.—Vicente Blasco Ibáñez.—Luis Bonafoux.—Ramón de Campoamor.—Rafael del Castillo.—Mariano de Cavia.—Martín L. Coria.—Sinesio Delgado.—Narciso Díaz de Escovar.—José Echegaray.—Alfredo Escobar (*Marqués de Valdeiglesias*).—Francisco T. Estruch.—Isidoro Fernández Flórez (*Fernánflor*).—Carlos Fernández Shaw.—Emilio Ferrari.—Carlos Frontaura.—Enrique Gaspar.—Pedro Gay.—Francisco Gras y Elías.—José Gutiérrez Abascal (*Kasabal*).—Jorge Isaachs.—Teodoro Llorente.—Federico Madariaga.—Marcelino Menéndez y Pelayo.—José R. Mérida.—F. Miquel y Badía.—Eduardo Montesinos.—Magín Morera Galicia.—Conde de Morphi.—Gaspar Núñez de Arce.—F. Luis Obiols.—Armando Palacio Valdés.—Manuel del Palacio.—Melchor de Palau.—Emilia Pardo Bazán.—José María de Pereda.—Benito Pérez Galdós.—Felipe Pérez y González.—Jacinto Octavio Picón.—Miguel Ramos Carrión.—Angel Rodríguez Chaves.—Joaquín Sánchez Toca.—Alejandro Saint-Aubín.—Antonio Sánchez Pérez.—P. Sañudo Autrán.—Eugenio Sellés.—Enrique Sepúlveda.—Luis Taboada.—Federico Urrecha.—Luis de Val.—Juan Valera.—Ricardo de la Vega.—Luis Vega-Rey.—Francisco Villa Real.—José Villegas (*Zeda*).—Baronesa de Wilson.

**Pintores y dibujantes:** Joaquín Agrasot.—Fernando Alberti.—Luis Alvarez.—T. Andreu.—José Arijá.—Dionisio Baixeras.—Mateo Balasch.—Laureano Barrau.—Pablo Béjar.—Mariano Benlliure.—Juan Brull.—F. Brunet y Fita.—Cabriny.—José Camins.—Ramón Casas.—Lino Casimiro Iborra.—José Cuchy.—José Cusachs.—Manuel Cusí.—Vicente Cutanda.—Manuel Domínguez.—Juan Espina.—Enrique Estevan.—Alejandro Ferrant.—Baldomero Galofre.—Francisco Galofre Oller.—Manuel García Ramos.—Luis García San Pedro.—José Garnelo.—Luis Graner.—Angel Huertas.—Agustín Lhardy.—Angel Lizcano.—Ricardo Madrazo.—José M. Marqués.—Ricardo Martí.—Tomás Martín.—Arcadio Más y Fontdevila.—Francisco Masriera.—Nicolás Mejía.—Méndez Bringa.—Félix Mestres.—Francisco Miralles.—José Moragas Pomar.—Tomás Moragas.—Moreno Carbonero.—Morelli.—Tomás Muñoz Lucena.—Jaime Pahissa.—José Parada y Santín.—José Passos.—Cecilio Plá.—Francisco Pradilla.—Pellicer Montseny.—Pinazo.—Manuel Ramírez.—Román Ribera.—Alejandro Riquer.—Santiago Rusiñol.—Alejandro Saint-Aubín.—Sans Casañ.—Arturo Serriñá.—Enrique Serra.—Joaquín Sorolla.—José M. Tamburini.—José Triadó.—Ramón Tusquets.—Marcelino de Unceta.—Modesto Urgell.—Ricardo Urgell.—María de la Visitación Ubach.—Joaquín Xaudaró.

**Músicos:** Isaac Albéniz.—Francisco Alió.—Alberto Cotó.—Tomás Bretón.—Ruperto Chapí.—Federico Chueca.—Espí.—Manuel Fernández Caballero.—Gerónimo Giménez.—Salvador Giner.—Manuel Giró.—Juan Goula.—Enrique Granados.—Joaquín Malats.—Claudio Martínez Imbert.—Luis Millet.—Enrique Morera.—Antonio Nicolau.—Felipe Pedrell.—Agustín L. Salvans.—Joaquín Valverde.—Amadeo Vives.

MIRA CON QUIEN ANDAS... Y SABRAS QUIEN ES, por M. NAVARRETE.



No podrá decir mi padre, que no cumplo sus consejos; sobretodo aquello de «¡Cuidado con las malas compañías!»



¡Qué mujer más hermosa! ¡Si yo me atreviera...! Al fin y al cabo, su compañía no me ha de ser desagradable.



Ella. — Si quieres que crea todo lo que me has dicho, llévame al restaurant y...  
El. — Ya lo creo! ¿y qué más quieres?  
Ella. — Ya te lo diré.

## OBRAS PARA PIANO DEL MTRO. A. L. SALVANS

Tres danzas españolas.	Ptas. 3	⌘	Tres Mazurkas de Salón.	Ptas. 2
Scherzo Fantástico.	» 3	⌘	Primer capricho de Concierto.	» 1'50
¡Souviens-toi!	» 2'50	⌘	Minueto de la primera Sonata.	» 1
Vals-capricho.	» 1'50	⌘	¡Sola en el mundo! célebre polka.	» 2
A los toros (Gran éxito); paso doble militar.	» 1	⌘	La Alhambra, poema sinfonia para orquesta.	

Se hallan de venta en este Centro Editorial Artístico. \* Para los Sres. Suscriptores, rebaja de 25 por 100 del precio marcado.



# Mosaicos Hidráulicos

DE  
**Orsola, Solá y Compañía**

Superiores en BELLEZA, SOLIDEZ y ECONOMÍA á cuantos se fabrican en España.

Unica casa que ha obtenido las más altas recompensas en las Exposiciones Universales de BARCELONA, 1888, PARIS 1889, y CHICAGO 1893.

— DESPACHO: —  
2, Plaza de la Universidad, 2  
**BARCELONA**

# TORRE DEL BARÓ



MIRA CON QUIEN ANDAS... Y SABRAS QUIEN ES, por M. NAVARRETE.



Si tienes á mano cien pesetas, déjamelas que luego...



— Ahora, vamos á ver un aderezo que...  
— Pero si ya no...  
— Pues adiós chico, no quiero ir con un tipo tan roñoso como tú.



¡Mi padre me dijo que evitara las malas compañías y yo creo que las buenas son peores! Ni un céntimo me ha dejado en el bolsillo.

## INTERESANTE A LAS SEÑORAS

Por medio de un procedimiento completamente inofensivo, se extrae instantáneamente y con toda su raíz el vello del rostro ó de los brazos, sin que quede ni el más pequeño rastro de haber existido.

Lo que se aplica para ello, á la vez que no es depilatorio, es tan higiénico y favorable para el cutis, que éste lo deja fresco, limpio y hasta lo hermosea.

Este sin rival procedimiento es aplicado por su inventora

— TERESA GARCIA MARTINEZ —  
por cuyo motivo las señoras que lo deseen, pueden, sin reparo y con toda satisfacción, dirigirse á ésta su casa,

— Calle de Colón, núm. 8, bajo. — VALENCIA —

## JUAN B.<sup>TA</sup> PUJOL & C.<sup>A</sup> EDITORES

1 y 3, Puerta del Angel, 1 y 3 — BARCELONA

MÚSICA DE TODOS GÉNEROS Y PAÍSES

PIANOS, ARMONIOS, ÓRGANOS É INSTRUMENTOS DE ORQUESTA Y BANDA  
REPRESENTACIÓN Y DEPÓSITO DE LAS PRINCIPALES CASAS EXTRANJERAS

CONTRATAS ESPECIALES — COMPRAS DIRECTAS

Agentes en Paris, Bruselas, Berlín, Leipzig,  
Hamburgo, Londres, Milán y Viena.

Precios los más económicos y existencias las más importantes de la Península.

CATÁLOGOS GRATIS — EXPEDICIONES DIARIAS



# JABON DE BABA DE TORO **¡¡PRODIGIOSO Y VALIOSO DESCUBRIMIENTO!!**

Destruye las manchas y barros. — Hermosea y suaviza el cutis. — Gran Vigorizador de los órganos. — Probadlo y leed el prospecto que acompaña á cada pastilla. — Representante en España,

**D. EMILIO MARTINEZ**

CALLE DE ARAGON, NÚMERO 345 BARCELONA

De venta en las principales Perfumerías, Peluquerías y Droguerías.

**¡¡PROBADLO!! ¡¡PROBADLO!! ¡¡PROBADLO!!**

## COMPañÍA TRASATLÁNTICA DE BARCELONA

*Línea de las Antillas, Nueva York y Veracruz.*—Combinación á puertos americanos del Atlántico y puertos N. y S. del Pacífico. Tres salidas mensuales; el 10 y 30 de Cádiz y el 20 de Santander.

*Línea de Filipinas.*—Extensión á Ilo-Ilo y Cebú y combinaciones al Golfo Pérsico, Costa oriental de Africa, India, China, Cochinchina, Japón y Australia. Trece viajes anuales, saliendo de Barcelona cada cuatro sábados á partir del 2 de Enero de 1898, y de Manila cada cuatro jueves á partir del 21 de Enero de 1898.

*Línea de Buenos Aires.*—Seis viajes anuales para Montevideo y Buenos Aires, con escala en Santa Cruz de Tenerife, saliendo de Cádiz y efectuando antes las escalas de Marsella, Barcelona y Málaga.

*Línea de Fernando Poo.*—Cuatro viajes al año para Fernando Poo, con escalas en las Palmas, puertos de la costa occidental de Africa y Golfo de Guinea.

*SERVICIO DE AFRICA. Línea de Marruecos.*—Un viaje mensual de Barcelona á Mogador, con escalas en Melilla, Málaga, Ceuta, Cádiz, Tánger, Larache, Rabat, Casablanca y Mazagán.

*Servicio de Tánger.*—El vapor *Joaquín del Piolago*, sale de Cádiz para Tánger, Algeciras y Gibraltar los lunes, miércoles y viernes, retornando á Cádiz los martes, jueves y sábados.

Estos vapores admiten cargas con las condiciones más favorables y pasajeros á quienes la compañía da alojamiento muy cómodo y trato muy esmerado, como ha acreditado en su dilatado servicio. Rebaja á familias. Precios convencionales por camarotes de lujo. Rebaja por pasajes de ida y vuelta.

**AVISO IMPORTANTE.**—La compañía previene á los comerciantes, agricultores é industriales, que recibirá y encaminará á los destinos que los mismos designen, las muestras y notas de precios que con este objeto se le entreguen.

Para más informes: En Barcelona la *Compañía Trasatlántica* y los Sres. Ripoll y C.<sup>ª</sup>—Cádiz: la Delegación de la *Compañía Trasatlántica*.—Madrid: Agencia de la *Compañía Trasatlántica*.—Santander: Sres. Angel B. Pérez y C.<sup>ª</sup>—Coruña: D. E. Guarda.—Vigo: D. Antonio López Neira. —Cartagena: Sres. Bosch hermanos.—Valencia: Sres. Dart y C.<sup>ª</sup>—Málaga: D. Antonio Duarte.



**LA MARAVILLA**  
IMPIDE LA CAIDA DEL CABELLO

Agua sin rival, preparada por J. Martra; es inofensiva, refrescante; cura la caspa y hace restablecer á los cabellos blancos su primitivo color, sean castaño oscuro ó negro. Basta aplicarlo con un cepillo unos 10 días consecutivos antes de peinarse. No tiene Nitrato de plata y puede rizarse enseguida.

*Nota: El agua sobrante no devolverla á la botella.*

**PRECIO 4 PESETAS**

De venta en todas las principales perfumerías y peluquerías

Encargos: Bailén, 117, 1.º Salón para peinar señoras.

## APIOLINA CHAPOTEAUT

NO CONFUNDIRLA CON EL APIOL

Es el más enérgico de los emenagogos que se conocen y el preferido por el cuerpo médico. Regulariza el flujo mensual, corta los retrasos y supresiones así como los dolores y cólicos que suelen coincidir con las épocas y comprometen á menudo la

## SALUD DE LAS SEÑORAS

PARIS, 8, rue Vivienne, y en todas las Farmacias

## Historia del general DON JUAN PRIM

Semanalmente y sin interrupción se publica un cuaderno que vale **UN REAL**, á pesar de contener dieciséis páginas de texto, ó bien ocho y un magnífico cromó.



## PIANOS

FORTUNY 3 BARCELONA  
PIANOS DE COLA Y VERTICALES  
A CUERDAS CRUZADAS Y CUADRO DE HIERRO  
ESTILO NOROCCIDENTAL  
SE REMITEN CATÁLOGOS



## No más Canas AGUA SALLÉS

Esta Agua sin rival progresiva ó instantánea, devuelve á los Cabellos blancos y á la Barba su **COLOR PRIMITIVO**:

Rubio, Castaño, Moreno ó Negro.

Bastan una ó dos aplicaciones sin lavado ni preparación.

PRODUCTO INOFENSIVO  
RESULTADO GARANTIZADO

SALLÉS, Fils, 73, Rue Turbigo, PARIS.

DE VENTA: Perfumería LAFONT, Call, 30, BARCELONA

## ¡ ESTÓMAGO ARTIFICIAL!

ó **POLVOS** del DR KUNTZ es un preparado incomparable para la cura de todas las dolencias del estómago é intestinos, por antiguas que sean. Los vómitos, acedías, ardores, pesadez, flatos, dolores de estómago, cintura, etc., etc., así que diarreas ó estreñimientos, desaparecen á la primera dosis. Éxito seguro. Caja 7'50; media caja, 4 pesetas, en farmacias y Madrid, Arenal, 2; Barcelona, Rambla Flores, 4. Pídanse FOLLETOS.

Centro Editorial Artístico de

## MIGUEL SEGUI

Novelas en publicación y publicadas las que se admiten suscripciones.

### UN REAL CUADERNO

DE ALEJANDRO DUMAS

Memorias de un médico.  
El collar de la reina y Angel Pitou.

DE LUIS DE VAL

Morir para amar ó La muerta enamorada.  
La hija de la nieve ó Los amores de una loca.  
Sor Celeste ó Las mártires del corazón.  
La ciega de Barcelona ó la mártir de su inocencia.

La lucha por la existencia.

El hijo de la muerta ó Más allá de la tumba.  
El calvario de la vida.  
¡Sola en el mundo! ó El manuscrito de una huérfana.  
Las hijas abandonadas.

DE F. LUIS OBIOLS

El martirio de un ángel.  
Nacer para sufrir. (Historia de una herencia.)  
Vivir muriendo.

DE SALVADOR CARRERA

La vengadora de su honra.

DE ALVARO CARRILLO

Amor y patria ó La virgen cubana.

DE LORENZO CORIA

Luna de miel.

Tip. «La Ilustración», á c. F. Giró, calle de Valencia, 311, Barcelona.





## ! DICHOSOS ELLOS !

Nada turba el reposo de los muertos;  
porque á su sepultura  
no llega de los vivos la amargura.

Aunque el espacio atruenen  
los roncos ayes de un dolor profundo  
ó del furor los rudos desconciertos,...  
todo se pierde en su poblado mundo,  
como la voz humana en los desiertos.

Dichosos son á fe los que allí moran  
en perdurable calma,  
y desdichas no ven ni afrentas lloran;  
mientras aquí vivimos, si esto es vida,  
caída la cerviz y muerta el alma.

Dichosos, sí; ¿qué vale una existencia  
anémica, impotente, escarnecida?...  
¡cuando la Patria, sin luchar vencida,  
retorciéndose en bruscas convulsiones,  
del infortunio al peso se derrumba,  
la paz es preferible de la tumba!

SALVADOR CARRERA



## ¡YAZGAN EN PAZ!

ALGUNOS días antes de éste en que la Iglesia conmemora á los fieles difuntos, visité como de costumbre el cementerio antiguo de Barcelona, mi segunda patria, pues desde muy joven residí en ella; prometiéndome rendir igual homenaje, en el año próximo, á los que descansan en el nuevo, si Dios me concede hasta entonces vida y salud.

La tarde era triste, fría y nebulosa, como precursora del invierno. Habían emigrado las golondrinas y regresado los tordos, heraldos del frío; el campo se había despojado de sus galas; los árboles, ya sin hojas, frutos y nidos, parecían esqueletos; la niebla se extendía por el valle; y el mar, tomando un color de plomo, rugía fiero y amenazador en la desierta playa. La naturaleza parecía vestir de luto, y éste era el traje de cuantos nos dirigíamos al sitio de la calma y el reposo.

Aquella grandiosa necrópolis, triste, tétrica, monótona, con largas calles de nichos tirados á cordel, con sus altas tapias que azotan por un lado las olas del mar, en los borrascosos días de invierno, y por otro los fríos vientos del norte; rico cementerio con artísticas capillas, elegantes panteones y millares de nichos, pero sin flores, sin arboledas, sin sauces ni cipreses; cementerio en fin, todo hierro, cal y piedra, en el que es imposible la soledad, la concentración y el recogimiento; estaba aquella tarde convertido en feria. Parecía que la ciudad de los vivos se hubiese trasladado á la de los muertos.

Apenas me fijaba en las personas conocidas que encontraba al paso. Iba á consagrar un recuerdo á mi pobre madre, á queridos deudos, á cariñosos amigos, y á hermosas mujeres que se fueron para no volver más; y su memoria embargaba por completo mis sentidos.

Además, aquel cementerio es para mí un gran libro abierto; pues en sus páginas se halla escrita la historia de esta populosa ciudad en el presente siglo XIX. Cada nicho es un folio, cada capilla un volumen, cada panteón una crónica; y la fosa común, en la que ya no se entierra, revuelta biblioteca, tirada y deshojada, encierra grandes tesoros que sólo el Señor puede apreciar.

A aquella ciudad muda y tranquila, fueron á parar las víctimas que en el año 1821 arrebató la fiebre amarilla, y los de otros epidémicos que en épocas más cercanas han fallecido en esta rica capital; los veteranos de la guerra de la Independencia; los que sucumbieron en defensa de la Constitución; los infelices llevados á la horca por el feroz Carlos de España; los frailes que perecieron en la terrible noche del 35; las almas nobles que murieron, vertiendo máximas de paz y fraternidad; los que hallaron la muerte en las grandes revueltas políticas; las víctimas del trabajo, los grandes capitalistas, los mercaderes de la Bolsa; los amantes de las letras, los hombres de ciencia, los entusiastas artistas, los laboriosos industriales, los oscuros obreros, los venerables sacerdotes, linajudos títulos y pundonorosos militares; cariñosos niños, encantadoras jóvenes, elegantes pecadoras, y amorosas madres de familia.

Preguntadme por cada uno de sus sepulcros, y os daré razón de ellos.

Allí yace Antonio de Capmany, que dejó oír su elocuente y autorizada voz, en las memorables Cortes de Cádiz, y consagró su vida al estudio y en pro de la libertad; Aribau, el cantor de la Patria, á quien tanto deben las letras españolas; Pífferrer que nos relató, como él sólo sabía, las bellezas de Cataluña; Jaime Tió, el romántico dramaturgo, víctima de la tisis, cual Vicente Cuyás, que tuvo como él por teatro de sus triunfos el de Santa Cruz, y como él duerme en miserable nicho de la isla primera.

No es posible dar un paso, sin hallarse con epitafios de personas ilustres, que acabaron su misión en este mundo. Mirad en derredor: allí reposan Próspero de Bofarull, el que vindicó á los Condes de Barcelona y ordenó y salvó de su ruina el Real Archivo de la Corona de Aragón; su hijo don Manuel, que le reemplazó en tan noble tarea; Pi y Arimón, que nos relató las glorias de Barcelona, y José Coroleu, que tanto enalteció á los nobles caudillos catalanes.

También la poesía llora, al pie de los sepulcros. Allí yacen también los restos del malogrado Pagés, que faltó de fe y dudando de todo, buscó consuelo en la muerte; de Antonio de Bofarull, que llamó á su alrededor á los nuevos trovadores catalanes, para cantar juntos la patria, la fe y el amor; de Adolfo Blanch, que dejó oír su voz ante los muros de los castillos feudales; de Salvador Estrada, que nos legó centenares de sonetos; de Pelayo Briz, que ensalzó las proezas de Bach de Roda; del venerable Aguiló, que llamó á las puertas de las cabañas, en busca de las trovas populares; de Dámaso Calvet, que entonó con épico acento las legendarias proezas de Jaime el Conquistador, y que descansa al lado de su esposa, pues los poetas necesitan de amante compañía en el mundo y en la eternidad; de Bartrina, el poeta escéptico y original, y de Federico Soler, el gran dramaturgo, gloria y orgullo del teatro catalán.

También con ellos yacen, en miserables nichos, Fernando Patxot, que fué en busca de inspiración entre las ruinas de los conventos; Angelón, que nos narró las glorias del pendón de Santa Eulalia; Orellana, que lloró las desventuras de la Reina loca de amor; Altadill, que describió los misterios de Barcelona, y los periodistas García de los Santos, que empleó su pluma en defensa de la tradición, y Antonio Llabería, que consagró su talento al bien del progreso y de la libertad.

Unos pájaros que pasaban volando, pararon su vuelo en los panteones del maestro Vilanova y de Clavé, y entonaron un canto ante la sepultura de Obiols y de los primeros maestros de la zarzuela catalana; el respetable Soriols y el infatigable Manent.

El sol bajaba el ocaso y acariciaba con un rayo de luz los sepulcros de los esclarecidos artistas, Juan Ballester, de inolvidable memoria, Gó-



NOTAS ARTISTICAS. — APUNTE, DE J. MASRIERA.

mez, el siempre correcto y elegante; Luis Rigal, el gran amador del arte clásico; Martí y Alsina, amante de la luz del paisaje, y Tomás Padró, el hábil dibujante, que imprimió á todas sus obras un sello de originalidad.

Caía la tarde, el aire era frío y húmedo, las sombras descendían poco á poco, las calles quedaban desiertas, había terminado el rosario en la capilla, y las campanas anunciaban que el conserje iba á cerrar el cementerio. Avivé el paso, envié un recuerdo al gran escultor Campeny, saludé los nichos del inventor Vich y Macabeo, del no menos activo Jaime Llanós, del inteligente Narciso Ramírez, del primer Marqués de Casa Brusi, y del simpático actor García Parreño; me incliné respetuosamente ante la mezquina sepultura de Joaquín Carrera, el primer constructor de ferrocarriles en España, que murió sin el consuelo de ver realizado su hermoso proyecto de cremallera á Montserrat, y abandoné la ciudad de los muertos y me dirigí á la de los vivos, exclamando: «dormid en paz sombras queridas;» y añadiendo con Chateaubriand: «dichosos los que tienen el sepulcro en su patria, con el sol puesto, con los llantos de los amigos y con los encantos de la religión.»

FRANCISCO GRAS Y ELIAS



# EL DIA DE DIFUNTOS

ANTAÑO Y OGAÑO

ALLÁ, por el siglo X, si no recordamos mal, instituyó la iglesia la conmemoración de los difuntos, dedicando para esta festividad el día 2 de Noviembre.

Y por cierto, que si nuestra memoria no nos es infiel, en este mismo día también la celebraban los druidas; el pueblo más antiguo, según parece, que dedicó un recuerdo á los que habían dejado de ser, durante el año.

Los galos, inspiráronse para la institución de su fiesta, en sus antiguas creencias respecto á la muerte, y en la periódica renovación del mundo.

Sam Kan, el juez de los muertos, instalábase durante la noche del 1.º al 2 de Noviembre, en su tribunal, para juzgar á los que habían fallecido durante aquel año.

La iglesia católica, entre los terrores de aquel famoso año 1000, temerosa de la fragilidad de la especie humana, inspirándose tal vez en los recuerdos de otras muertas religiones, pretendió restablecer la cadena que une la vida con la muerte, el recuerdo de hoy con el de ayer, el fuego del vivo con la ceniza del muerto,... y estableció la fiesta de los difuntos.

Como piadosa costumbre, quedó fijada aquella periódica visita al lugar del reposo, y si objeto de meditación en la vida, para el terrible tránsito de la muerte, fué en su principio,... las tornadizas muchedumbres, al ir renovándose por el largo camino de los siglos, en vez de acudir á las necrópolis para meditar, van de romería; en vez de pensar, critican; en vez de sentir, censuran; en vez de llorar, ríen.

El cementerio, es un espectáculo más, entre los muchos que se exhiben en el mundo; y los panteones, las coronas, los farolillos ó lámparas de los hipogeos,... las decoraciones, el aparato, las luces de aquel vasto teatro de la muerte, donde los actores son los esqueletos que reposan en las tumbas ó los huesos desunidos, confundidos ó destrozados en la fosa común.

¡Cuán distinto aspecto tiene en el siglo XIX la festividad de los muertos, de lo que era en el siglo X!

Entonces se visitaban las tumbas por devoción; hoy se las visita por curiosidad.

El respeto, el cariño, la grandéza del muerto estaban sintetizadas en el túmulo que antaño se le erigía.

El lujo, la fastuosidad, la moda, es la nota dominante ogaño.

El sentimiento, el cariño, la ternura, no prestan calor alguno al mármol de las artísticas sepulturas, pagadas á peso de oro.

— Francisco, — dice la señora al criado, mientras se abrocha el guante para salir á paseo. — Acuérdesse usted que ha de ir á limpiar el panteón y á llevar la corona. Ya es lo único que puedo hacer por mi difunto esposo. Sobre todo, que la corona sea mejor que la del año pasado. Acuérdesse usted que la de Flores, que tiene el panteón cerca del mío, hizo llevar una que llamó la atención.

— Está bien, señora. Mañana cuando vayan ustedes al cementerio...

— No, no iré. Me pondría nerviosa y el médico me tiene ordenado que evite las impresiones fuertes. Por eso doy á usted el encargo.

— Quiero la mejor corona que haya en la casa y que vayan ustedes mismos á ponerla; siempre tendrán más gusto que los criados para su colocación.

— Ya la verá usted puesta y estoy seguro que le agradará.

— No acostumbro ir en semejante día al cementerio; va tanta chusma...

— Tiene usted razón, señora; cualquier día entre semana...

— ¡Oh! Yo estoy tan ocupada siempre, que no me queda tiempo. Entre las Conferencias, las visitas, los compromisos que siempre me rodean, no puedo, aun cuando quisiera... Conque no olvidará usted lo que le digo; que sea la mejor, no quiero que me critiquen. ¿Eh? Sobre todo las cintas para el lazo, de primera.

— ¿Qué se ha de poner en ellas?

— ¡Oh! Eso ya lo sabe usted; lo de rigor: « A mi querida madre ». « Recuerdo de su inconsolable hija ». En fin, usted pondrá lo más sentido, y... mándeme la cuenta cuando guste.

Libro « Diario ». — 1.º de Noviembre. — Por una corona de primera clase, cintas moaré, letras relieve, « A mi inolvidable esposa », 240 ptas.

— Cuando se acabará esta dichosa moda. 240 pesetas para que los tontos vayan diciendo por ahí que no me olvido de mi mujer. ¿Qué es esto? ¡Otra factura! ¡Ah! sí, la de la pulsera que regalé á Fanny el día de su santo: ¡Cómo me quiere esa muchacha!

— ¡Pobre hijo de mi alma! Todavía no he podido comprarte la lápida para tu sepultura. Pero como que tu verdadero sepulcro está en mi corazón, allí no necesito lápidas para esculpir tu nombre. Grabado está con las lágrimas que por ti he derramado, y por mi dolor, que será eterno. No tengo corona que traerte. No tengo más que mi llanto,... la única riqueza de los pobres.

NOTA FINAL.

— Estoy reventado, vengo del cementerio.

— ¡Ah! Sí. Como hace dos años que murió tu padre...

— Mi padre está en el cementerio viejo, y yo he estado en el nuevo. ¡Qué de chicas había allí! Si no hubiese ido con mi novia, de fijo que hago alguna nueva conquista.

¡Qué edificante espectáculo ofrece ogaño la festividad de la muerte!

RAFAEL DEL CASTILLO



NOTAS ARTISTICAS. — BOCETO; DE M. URGELL.



JOSÉ TRIADÓ



PRIMER ANIVERSARIO

Ayuntamiento de Madrid



MODESTO URGELL



LA VIDA Y LA MUERTE

Ayuntamiento de Madrid



## LA FIESTA DE LOS MUERTOS

CUMPLEN ahora nueve siglos que fué instituída la fiesta que la iglesia celebra en conmemoración de los muertos de la comunión católica. En el año 998 la instituyó Odilón, Abad de Cluny, y después se hizo general en toda la cristiandad.

Sabio teólogo, poeta y hagiógrafo, San Odilón murió en 1048 á los 86 años de edad, muy honrado de los monarcas de su tiempo.

La fiesta religiosa por él instituída, es venerada por la gran familia cristiana, y vivirá cuanto viva en la conciencia humana el germen del evangélico precepto que dice: *ama á tu prójimo como á ti mismo*.

La sociedad cristiana, traduciendo en infinitas combinaciones empíricas este mandato, ha señalado un día solemne dial en que la idea de la vida finita se confundió con la idea de la muerte misteriosa.

Nada tan imponente como el espectáculo de la vida postrada ante la muerte; nada tan grande como el recuerdo del sér perdido, ni posible es concebir pensamientos tan regeneradores como los dirigidos á las vagas regiones de la abstracta eternidad.

Un día 2 de Noviembre salía yo del cementerio de un pueblo edificado en las frondosas orillas del río Paraguay. El crepúsculo vespertino acentuaba los tonos de melancolía dibujados á la sazón en aquella majestuosa naturaleza, y muy singularmente en el recinto de la necrópolis que, como día de difuntos, aparecía engalanada con infinidad de flores silvestres y de luces mortecinas, las cuales ardían y lentamente se apagaban enfrente de las losas. Así también se quema y se apaga la existencia, me dije, llevando, no se por qué, mis impresiones de tal momento á una teoría de física sentada por Lavoisier. Y esto pensando, fijeme en una pobre mujer, uno de los pocos rezagados que allí quedábamos, que, inclinada delante de tosca cruz de madera, lloraba en silencio.

Dirigí mis pasos hacia ella.

—¡Ah, señor!—me dijo con entrecortado acento y mirándome con mirada acongojada:—éste que cubre la tierra que riego con mis lágrimas, era mi hijo; mi hijo que en edad florida murió de artera é implacable enfermedad. Cuando niño, retozaba por estos bosques, cogía hojas de pino y abeto, y, contento de su obra, me decía alborozado: «todas son para padre». Luego me pedía que le acompañase á este mismo camposanto, á lo cual yo solía acceder; y ambos veníamos á saludar el lugar donde reposan los huesos de mi marido. Hoy, que no puede entregarse á sus costumbres predilectas, suplo con amor su ausencia, depositando sobre la tumba del padre y la del hijo las frescas flores de la llanura y las cálidas lágrimas de mis ojos.

Esto dicho, la mujer continuó su llanto y sus rezos.

Y yo, impresionado por relato tan conmovedor como sencillo, me alejé de aquel sitio de dolor, pensando en el Abad de Cluny y en la iglesia, en los que fueron,... y en lo que somos.

ANTONIO ASTORT

## LA REDENCIÓN

### I

PRIVADO desde niño de toda comodidad, de todo medio de estudio, á pesar de sentirse fuerte é inteligente, conoció muy temprano la ciencia de la vida y fué hombre en la edad en que otros no han salido aún de la infancia. En el aprendizaje de la existencia perdió su corazón, la bondad nativa y las ilusiones que son patrimonio de la juventud. Aprendió á calcular su cerebro y á ver todas las cosas por el lado práctico. Supo que la fortuna y el saber daban únicamente la libertad de que estaba sediento. Para alcanzar esa libertad, estudió sin descanso en la edad viril; y llegó á reunir condiciones de saber é inteligencia, para sobresalir del común raser. Pero entonces, cuando se sintió armado de todas armas; cuando estuvo en disposición de emprender la lucha, topó con una dificultad tremenda: la suerte le había vuelto la espalda, y cuantos negocios emprendía le resultaban mal; todos sus planes salían fallidos. Tenía el dinero al alcance de su mano, su brillo cegábale los ojos, sentía que un solo esfuerzo le pondría en posesión de la riqueza anhelada, veía como otros hombres más afortunados se enriquecían; pero cuando, á su vez, tentaba el esfuerzo supremo, cuando alargaba el brazo, huía el oro como visión de espejismo; y, nuevo Tántalo, comprendía que jamás sus labios podrían tocar la cristalina corriente que debía calmar su devoradora sed.

Durante años y años combatió denodadamente, gastando lo mejor de sus fuerzas en la empeñada batalla; y siempre quedó vencido desde el principio de la lucha. Su instrucción y su inteligencia servíanle de torcedor implacable, y á poder arrancarlas, aniquilarlas, lo hubiese hecho con gusto. Comprendía que eran ellas las que le quitaban la bienaventurada paz de que gozan los ignorantes y los pobres de espíritu. Mas comprendía también que, por el camino recto, á la luz del sol, jamás podría vencer la implacable fatalidad que sobre él pesaba.

Un día, sintió el odio y la envidia que precipitaron á Luzbel al abismo, y... sin vacilar, creyendo que el remordimiento y la conciencia sólo hablan en las naturalezas débiles; libre de todo temor, fuerte y osado, siguió el camino del mal. Conocía las leyes, y las supo eludir con destreza; conocía á los hombres, y les engañó á su gusto. Por torcidas veredas, allí donde sientan su pie los réprobos, entre el silencio y la obscuridad, prosiguió su camino, y avanzó, avanzó sin tregua ni descanso; subió, subió sin cansancio; y de repente, se encontró en la altura.

Sereno, audaz, á prueba de vértigos, se irguió orgulloso. Estaba realizado su sueño. Más alto que él no había nadie. Brillaba con soberano esplendor su inteligencia; aclamábale la multitud de los que á rastras subían á donde él llegara. La voluntad omnipotente había vencido á la enemiga pertinaz de la contraria suerte. Era poderoso y se creyó feliz.

Pero del hondo valle subía un clamor doloroso, un *miserere* espeluznante. Entre el fragor de la lucha implacable, continua, sangrienta, se escuchaban los ayes del vencido que caía para no levantarse más. El hombre miró hacia abajo y se sintió horrorizado. Por entre las quebradas del monte serpenteaba una senda abierta entre la selva oscura. Aquel camino es el que había seguido para llegar á la cúspide; y en él quedaban, como huellas malditas de su paso, hombres que agonizaban, luchando desesperadamente contra el hambre que mata, contra la miseria que embrutece, contra la deshonra que atosiga. Y todos aquellos seres, heridos por su mano, estaban condenados á definitiva perdición. Para abrirse camino, para escalar la altura, él les había herido de muerte, les había precipitado al abismo, que no devuelve la presa, él les había hundido para siempre. Y todos ellos, volviendo hacia el triunfador sus rostros lívidos ó sangrientos, contraían su boca, murmurando una maldición suprema. Para colmo de horror, estaba solo, no tenía quien le consolara. El aire de aquel espacio era mortal para pulmones menos robustos que los suyos, y la grandeza y la soledad le rodeaban, le oprimían, le desesperaban.

El sueño huyó de sus ojos; la paz, de su conciencia; la lucidez de visión, de su mente. Y de día y de noche, sin tregua ni descanso, veía los doloridos rostros de sus víctimas que le increpaban y le maldecían.

### II

Como un alud formidable se precipitó al valle. Quiso de nuevo ser hombre. Pero la calma no volvió á su espíritu.

Reinaba gran miseria en una comarca. A ella voló, y á manos llenas repartió su fortuna, conociendo otra vez los tormentos de la pobreza; mas no podía alcanzar el perdón de su culpa.

Una epidemia espantosa arrebató millares de vidas en el desconocido Oriente. Allí acudió el hombre é hizo prodigios de caridad, salvando cientos de existencias, sin pensar siquiera que exponía la suya. Pero el mal no le había perdonado.

Un pueblo infeliz gemía bajo la tiranía de un déspota. Enérgico, fuerte, inteligente, infundió en las venas de los oprimidos el calor generoso que ardía en las suyas; fué caudillo de la empeñada lid y el tirano,... mordió el polvo y el hombre recibió las bendiciones de cuantos le debían su libertad y su bienestar. Pero la redención no llegaba, y el mal le oprimía sin descanso.

Una noche, solo y á pie, atravesaba un pinar. La nieve caía sin interrupción, y un viento fuerte y glacial la helaba sobre el suelo. Sonaba á lo lejos un coro de ahullidos. Eran los lobos que hacían un ojeo. De repente, una rabosa despavorida llegó como una flecha hasta donde estaba el hombre. Venía herida y los lobos la perseguían. El hombre la amparó con su cuerpo. Vigoroso, ágil y bien armado puso en huida á sus enemigos; pero éstos le habían mordido cruelmente y la sangre se escapaba por las heridas. El hombre cayó de rodillas; la rabosa lamía sus sangrientas heridas. Comprendió el peligro que corría; quiso levantarse... y no pudo. El carnicero por él librado de una muerte cierta, seguía bebiendo su sangre... y si ésta no manaba en abundancia, con sus agudos dientes desgarraba la piel.

Cuando llegó la muerte, el hombre sintió que la redención llegaba con ella; y en el fondo del valle y del bosque recobró la paz que perdiera en la altura.

A. RIERA

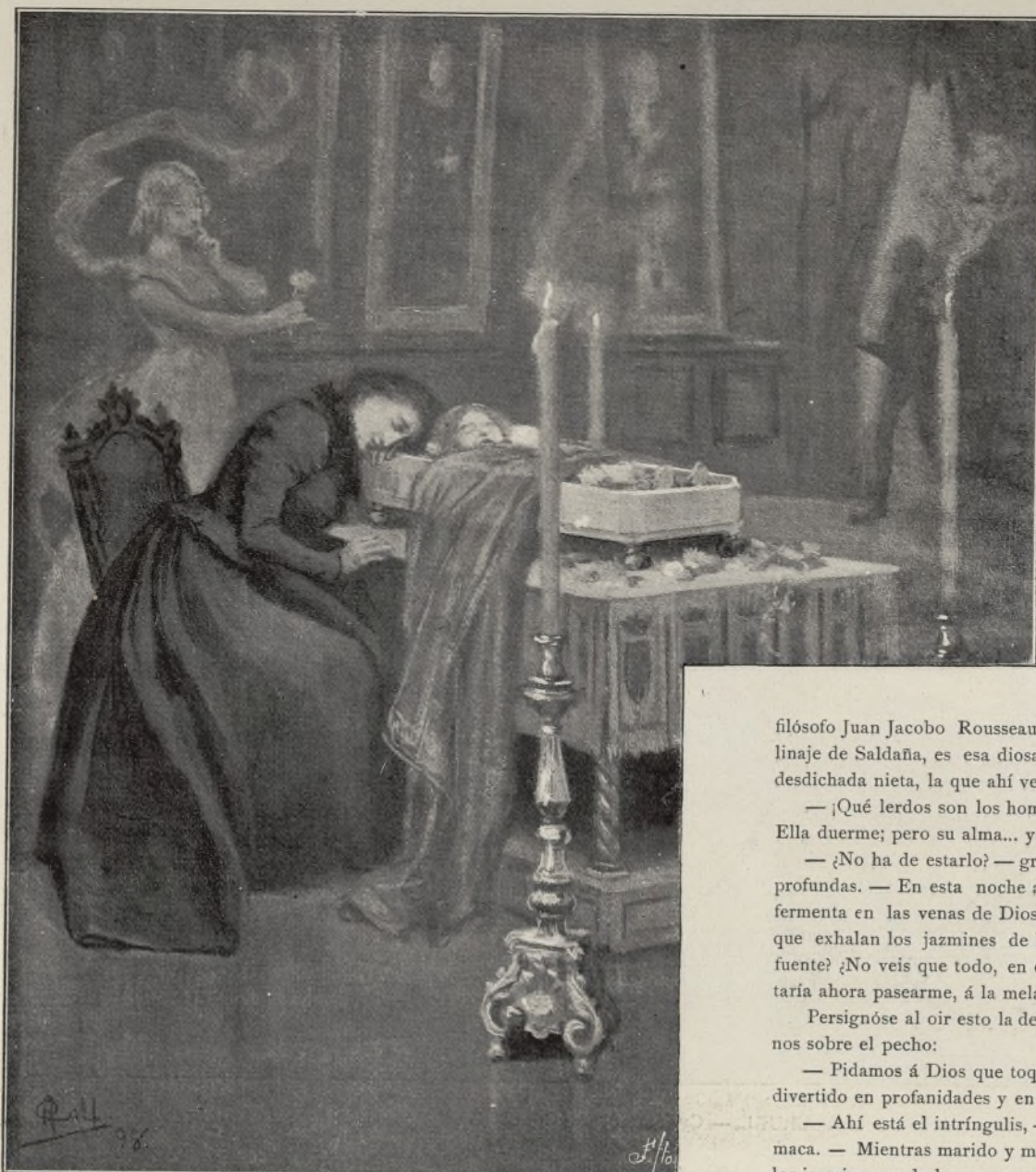
## EL LINAJE

LA noche había caído, envolviendo en sombras el arrogante castillo señorial, confundiendo los términos de sus jardines y parques, y prestando nueva y placentera música al surtir y gotear de sus fuentes de mármol. Dijérase que lloraban, en aquella plácida y serena noche de Junio; y era que las lágrimas de la madre, velando en el inmenso salón el cuerpo del hijo que acababa de morir, iban sin duda, llevadas por la suave brisa, á confundirse con hilitos de agua, tan rientes á la luz, tan quejumbrosos ahora...

Velaba la madre — ella sola, pues no había querido consentir que la acompañase nadie, al rendir el postrer tributo de amor y de dolor al único fruto de sus entrañas. — Altos blandones, en candeleros de plata antigua, alumbraban apenas la parte del salón en que, dentro del blanco ataúd y sobre extendido paño heráldico, bordado de históricos blasones, yacía el niño, del mismo color de la cera que se consumía en los hacheros. La madre, arrodillada, sollozaba, sin fuerzas para orar; faltábale en aquel instante resignación, y no podía contener su desesperado llanto. Era la criatura que acababa de expirar, á la vez su consuelo y su esperanza: con el niño al lado, sentía menos la soledad y el abandono en que la dejaba un esposo inconstante, ingrato y libertino; por el niño se prometía reconquistar al padre, convertirle otra vez al hogar y al afecto. Al perderle, lo había perdido todo, hasta la sonrisa misteriosa y prometedora que el porvenir tiene para los más desventurados...

Poco á poco, la fatiga y el exceso de la pena trajeron una reacción inevitable: los nervios agotados y el cuerpo rendido por larga y trabajosa asistencia dijeron que más no podían: la materia sonrió irónicamente de su triunfo, y la madre, recostando la frente al borde del almohadón en que descansaba la cabeza inerte de su hijo, se quedó dormida, con sueño de plomo, con letargo mortal...





En medio del alto silencio que en el salón reinaba, un gran reloj de caja de laca y ricos adornos de bronce, trepidó y dió pausadamente, con infinita majestad, doce campanadas. Al punto, una claridad fantástica, tal vez la de la luna que desgarraba su velo de nubes, iluminó vagamente las paredes del salón, cubiertas de retratos antiguos, imágenes de los antepasados. Ninguno de ellos vestía la armadura medioeval: eran personajes de época más reciente; á lo sumo del siglo décimo séptimo: habíalos de escarolada polilla y aristocrática venera, de casacón y bordada chupa, y de frac azul, alto corbatín y peinado puntiagudo, el tupé de la época romántica. En consonancia estaban los retratos de mujer, ya severos en el período del *Hechizado*, ya coquetones y rientes bajo la fina nube del empolvado erizón. Sin embargo, al momento en que los bañó la claridad incierta, al acabar de disiparse la vibración de la duodécima campanada, todas las caras aparecieron expresando grave cuidado y honda tristeza. Las damas del siglo XVIII hacían ademán de secarse con el pañolito de encaje los ojos... Las del místico monjil los alzaban al cielo: las de los luengos tirabuzones, las jorgesandianas, suspiraban...

Un caballero de Santiago, fué el primero que habló, en acento opaco y sepulcral, para decir fatídicamente:

— ¡Se ha extinguido nuestro linaje!

Un murmullo corrió por los ámbitos de la estancia... Los antepasados repetían la frase: « Nuestro linaje se ha extinguido!... » De pronto, se destacó la voz aguda de un viejecillo de coleta y chorrera de encaje; el cual, después de aspirar una pulsada de tabaco, exclamaba:

— ¿Y por qué se ha de extinguir? ¡Esa dama que duerme ahí es joven!

— ¡Y joven también y muy real mozo su marido; mi tataranieto! — aprobó una abuelita de manteleta tornasol y parches de tocama en las sienes.

Algunas risitas mal sofocadas salieron del grupo de los erizones. Y otra ascendiente más remota, de toca y grueso rosario, pronunció, escandalizada y afligida:

— No es caso de risa, á fe... ¡Extinguirse el linaje y estado de Saldaña! ¡Rece-mos, recemos para que Nuestro Señor no permita semejante desventura...! Porque ese linaje no decayese de su esplendor, para dejárselo todo á mi hermano el mayora-zgo, entré yo en las Comendadoras, á los quince de mi edad...

— Y por las mismas razones — declaró una damita de vestido azul, con tocado de plumas — me desposé yo á los diecinueve con mi caduco tío, el duque de Ote-rona...

— Y yo — exclamó un militar de tricornio, casaca blanca y solapas rojas — fuí muerto de un balazo al tratar de recobrar gloriosamente de los ingleses el castillo de San Felipe, en Puertomahón!

— Y yo — murmuró un lívido figurón de golilla, chupado como una lechuza — por acrecentar la hacienda y bienes de Saldaña, me impuse una economía tan sórdida, y viví con tal estrechez, que dieron los villanos en repetir la conseja de que perecí de hambre... A mi cabecera se encontró un arcón repleto de oro... y en mi archivo, las obligaciones de hartas propiedades de acreedores míos, propiedades que pasaron á la casa de Saldaña lindamente, y la levantaron en peso...

— Mala manera de dar lustre á un linaje — rezongó ceñudo el héroe de San Felipe.

— Buenas son todas, seor sobrino, que nunca hubiera opulentos si faltaren avarientos — refunfuñó el personaje sombrío y lívido.

— Señores míos — intervino el viejecillo de la coleta, volviendo á destapar su cajita de oro y á rellenarse las narices de cucarachero — todo eso me parece óptimo; el sacrificio de las mujeres, el heroísmo de los militares, la sobriedad y modestia de los propietarios, y, aunque me esté mal jactarme, la habilidad y buen gobierno de los sucesores que, como yo, beneficiaron el caudal con innovaciones y empresas sabias... Pero hay una cosa superior al esfuerzo humano, y es la sacra naturaleza, como decía mi predilecto

filósofo Juan Jacobo Rousseau...! Y lo único que puede hoy evitar la extinción del linaje de Saldaña, es esa diosa universal, agitando dulcemente el alma de nuestra desdichada nieta, la que ahí veis aletargada, cerca del cadáver del niño...

— ¡Qué lerdos son los hombres! — murmuró picarescamente la del traje azul. — Ella duerme; pero su alma... ya sé yo que despierta está, y despiertísima.

— ¿No ha de estarlo? — gritó con fuego, la romántica de los bucles y las ojeras profundas. — En esta noche admirable, poética y divina, el mosto de la juventud fermenta en las venas de Dios, como cantó el gran poeta. ¿No sentís la fragancia que exhalan los jazmines de los cenadores? ¿No percibís el blando gemido de la fuente? ¿No veis que todo, en derredor, se estremece y palpita? ¡Ah! ¡Cómo me gustaría ahora pasearme, á la melancólica luz de la luna!

Persignóse al oír esto la de la toca y el rosario, y murmuró, cruzando ambas manos sobre el pecho:

— Pidamos á Dios que toque en el corazón al esposo de nuestra nieta, que anda divertido en profanidades y en livianos amoríos.

— Ahí está el intríngulis, — chilló tosiendo la abuelita de los parches de tacama. — Mientras marido y mujer vayan cada cual por su lado, así brille la luna y los jazmines se deshagan en aromas...

Tomó en esto la palabra, una dama, hasta entonces silenciosa; una beldad de desnudos brazos y busto espléndido, de blanca túnica y faja roja, bordada de oro, ciñendo el corto talle, de cabeza que adornaba una profusión de negros rizos; y aspirando lánguidamente la rosa nunca marchita que desde hacía tantos años llevaba en la mano, mórbida y salpicada de hoyuelos, entornando sus ojos flechadores, emitió opinión como sigue:

— Si es cierto que los descendientes llevan siempre en la sangre á sus antecesores, pido que ahora me cedan todos su puesto y me permitan á mí sola gobernar á esa pobrecilla... Su marido es un tronera y un descastado; pero ella, por su parte, es una inocente; no conoce el filtro; ignora los ritos y los conjuros por cuyo medio se enciende la inextinguible tea... Déjenme á mí... El va á llegar, desconsolado por la muerte del hijo... Yo haré que no se extinga el linaje de Saldaña!

Convinieron todos, hasta la mística monja de la toca y el gordo rosario; y la hermosa abuela, desprendiéndose del marco, atravesó el salón, y, sonriendo, depositó la rosa sobre el seno de la madre dormida. Velóse la claridad de la luna; ardieron más amarillos los blandones; la sombra envolvió á los retratos; abrióse la puerta del salón, y un gallardo caballero, con paso rápido, se dirigió hacia el ataúd.

Despertó la esposa sobresaltada, y reconoció á su esposo, al ingrato, al inconstante. Una palabra de amor entreabrió sus labios secos de calentura; una chispa de gozo brilló en sus ojos quemados de llorar. Marido y mujer, con impulso irreflexivo, se echaron en brazos el uno del otro, mientras los viejos retratos se hacían, en la obscuridad, señas disimuladas,



EMILIA PARDO BAZÁN





EL MOMENTO MAS CRUEL. — CUADRO DE A. COLL.

## EL CIPRÉS

EN estos días en que todos los pueblos cristianos consagran á los muertos públicas expresiones de sentimiento, y cuantos recuerdan la existencia de algún ser querido que desapareció de entre los vivos, muestran honda pena, consagrandolo á su memoria, no siempre plegarias y rezos silenciosos, pero sí, en general, manifestaciones de vanidosa ostentación y muchas veces de ridícula soberbia; en estos días, parece oportuno señalar algunas generalidades del árbol emblema del dolor, de aquel cuya existencia delata lugar bendito en donde moran los restos de los que fueron nuestros hermanos ó de cuantos con vida orgánica y material viven, en el olvido del mundo, la vida de la contemplación religiosa y ascética.

Es el ciprés, al que no llamaremos como el poeta árbol funerario, un gallardo ejemplar de la dilatada familia de las coníferas. Las flores, masculinas y femeninas, nacen en su mismo pie. El fruto, que se produce tres veces al año, en Enero, en Mayo y en Septiembre, es una piña casi redonda, compuesta de pequeñas porciones, redondas también y casi angulosas; las cuales se separan cuando maduran, y entre las que se encuentran las semillas, más pequeñas, angulosas y agudas.

Sus hojas son una especie de campanillas verdosas, puntiagudas, colocadas, á manera de tejas, á lo largo de las ramillas, y de forma cuadrada.

El árbol es grande en los países cálidos, y forma con sus ramas, sumamente unidas entre sí é inclinadas hacia arriba, una hermosa pirámide. Su tronco es recto, de odorífica madera, incorruptible, muy usada en la antigüedad para construcciones que habían de permanecer al aire libre; y por los griegos y romanos, para la confección de urnas funerarias, donde se conservaban las cenizas de cuerpos que fueron quemados y cuya *pyra* la formaron ramas de ciprés. Las puertas de San Pedro de Roma duraron dos siglos sin sufrir deterioro alguno; estaban construídas con madera de ciprés.

Las flores y los frutos de este árbol se encuentran esparcidos por él, y las hojas opuestas conservan todo el año su hermoso color verde. En los países fríos toma un tinte negruzco, durante el invierno; pero en los meridionales, es siempre este tinte más claro y más azulado.

Originario de Oriente, el ciprés se cría en todas nuestras provincias, y en Italia, Francia, etc., etc.

En cuanto á sus propiedades, sólo podremos decir que el olor de la madera es muy vivo y áspero su gusto, y que su fruto, llamado *agallas*, lo utilizó la medicina, en la antigüedad, como astringente y antiséptico; pero, en la actualidad, se concede muy poca importancia á sus virtudes medicinales.

Desde los remotos tiempos, en los cuales se conoció la existencia del ciprés, pudo apreciarse los magníficos resultados que produce el aire que

rodea á este árbol; y por esto sabemos cómo los sacerdotes griegos mandaban á cuantos padecían enfermedades del aparato respiratorio á la isla de Creta, donde, según un célebre escritor español, «nacían muchos y muy viciosos cipreses», y en cuya residencia se aliviaban ó se curaban los enfermos.

El perfecto conocimiento que de las propiedades benéficas del ciprés, modificando y purificando el ambiente que le circuye, tenían los sacerdotes paganos, hizo á los monjes de todos los tiempos cultivar buen número de estos higiénicos árboles en las inmediaciones de sus monasterios y de las iglesias, y sobre todo en los calvarios, donde durante las tempestades se reunía el pueblo, al aire libre, para resguardarse de las descargas eléctricas; pues tan beneficiosa cualidad, no perfectamente comprobada, se atribuye al ciprés, árbol cuya vista lejana indica siempre la existencia silenciosa de un convento ó de un cementerio.

Las especies principales del ciprés, son: Ciprés, llamado impropriamente macho. Ciprés de hojas agudas, dispuestas en escamas y en ramas horizontales. Ciprés de Oriente. Ciprés de hojas dispuestas en escamas y con ramas caídas ó pendientes. Ciprés de Portugal. Ciprés de hojas opuestas. Ciprés de hojas de *thuya*. Ciprés de la América del Norte. Ciprés de hojas angostas, desprendidas y dispuestas en cruz y con agallas negras, y Ciprés del Cabo de Buena Esperanza.

La idea equivocada de ser el ciprés el árbol simbólico de la muerte, ha impedido que su plantación se haya propagado, en jardines y parques, tanto como su beneficiosa influencia para la salud exige. Tal preocupación debiera desaparecer, y los particulares que tienen la suerte de poder recrear su vista en la contemplación de arbustos y de corpulentos ejemplares de salutíferos árboles, harían bien en desechar aquella y llenar las calles de sus parques y jardines con tanta y tan hermosa variedad como presenta este árbol: y si esto debieran hacer los particulares, con mayor razón deberían practicarlas Corporaciones populares,—las cuales tanto malgastan en cosas inútiles,—y en el cultivo de plantaciones de dudosa existencia y de negativo resultado higiénico.

En esta época del año, en la cual, más que en otra alguna, la vista se detiene en la contemplación del árbol de que nos ocupamos, con motivo de la visita que en todas las poblaciones se hace á los camposantos donde guárdanse las cenizas de los seres á quienes debemos la existencia ó nos la debieron, ó fueron compañeros la suya y la nuestra; en esa anual visita, que tan poco tiene de religiosa como sobrado de ostentosa, podemos fijarnos en la utilidad de las plantaciones de cipreses, y convencidos de ella, pedir al ministro de Fomento y á las Diputaciones y Ayuntamientos, extensos cultivos de tan hermoso árbol, testimonio de la armonía que siempre ha existido entre la religión y la higiene.

LUIS VEGA-REY



## REGENERACIÓN ARTÍSTICA

**S**ERÁ verdad?

¿Ha llegado el momento de la regeneración del arte lírico dramático?

¿Habrá sonado en el reloj del Olimpo, esa hora tan deseada por todos los amantes y entusiastas del divino arte?

El género chico, que se consideraba mortalmente herido y próximo á expirar, se alzó de su lecho de muerte, más insolente y brioso. Llevaba en su mano y hacía sonar con estrépito un cetro de ruidosos cascabeles.

No era al picaresco Tirso á quien venía á representar, sino al insolente Rabelais.

¡Hasta se apoderó del insigne don Ramón de la Cruz, y puso en música uno de sus mejores sainetes!

La tentativa para regenerar el arte chico, del inspirado autor Sinesio Delgado, un poeta y literato que vale mucho, fracasó. Con todo, Sinesio Delgado no se dió por vencido, y á su zarzuela «*La Abadesa*,» obra de tendencias morales y elevado argumento, ha seguido «*El beso de la Duquesa*,» que acaba de estrenar. Poco importa que el éxito no haya sido tan completo como sus buenos amigos deseábamos: el paso está dado, y como dice un antiguo adagio, *principio quieren las cosas*.

El género hoy en boga, no es pernicioso por ser chico, sino por ser malo. Pequeños son los sainetes de Ramón de la Cruz, los juguetes de Bretón de los Herreros, los pasillos de Narciso Serra; y quedarán siempre como modelos de observación, de verdad y de gracia.

Pero el género chico, que hoy domina sobre la escena, salvo contadas y honrosas excepciones, no tiene término medio, ó es chocarrero ó es insulso. Sus retruécanos son de brocha gorda; sus chistes, de un verde tan subido, que harían enrojecer á la misma estatua del Comendador.

Lo hemos dicho y lo repetimos.

Por todas partes se habla tan sólo de la necesaria regeneración del arte lírico-dramático.

Los programas que algunas empresas han dado al público, son dignos del mayor aplauso.

La del teatro Español, anuncia para los *Lunes clásicos*, obras de los mejores poetas del *Siglo del oro*.

Calderón, con sus grandezas y sus filosofías; Lope de Vega, con su lirismo y su ternura; Tirso de Molina, con sus desenfadados y sus travesuras; Moreto, con sus bellezas y su gracia cómica; Rojas, con su alteza de pensamientos; Alarcón, con su moral y sus personajes llenos de carácter y originalidad; y Montalbán, con su encantador gongorismo, cautivarán, de seguro, la atención del público.

Para los *Viernes de estreno*, cuenta con tres obras de José Echegaray, dos de Angel Guimerá, y otras varias de Eusebio Blasco, Parellada, Francos Rodríguez y Llana, Leopoldo Alas (Clarín), Ramos Carrión, Vital Aza, Mario (hijo) y López Ballesteros.

Para los *Miércoles de moda*, las mejores comedias de Moratín y Bretón.

Y entre las obras extranjeras, de reconocido mérito, que se proponen darnos á conocer, figuran *Cyrano de Bergerac*, del célebre francés Ros-tand, y *Excmo. Señor*, de Mr. Bisson.

Programa seductor.

La empresa del Teatro Nuevo (antes Cómico) dice:

«Reducido hoy, por desgracia, el teatro á fútil pasatiempo, con que durante una hora se recrean los ojos y los oídos, empresa gloriosísima sería atraer á la multitud hacia la contemplación y deleite de las obras maestras con que los grandes ingenios han enriquecido la literatura de todas las naciones civilizadas.

Pero ya que no nos sea posible cumplir del todo estos propósitos, y no contando con las armas necesarias para destruir en el campo del arte lo que envilece el ánimo, lo que corrompe las costumbres, lo que extravía el concepto mismo de la naturaleza humana, al pintarla constantemente en su aspecto más despreciable, como si las virtudes eminentes, los hechos heroicos y las delicadezas del sentimiento, fueran cosa de otro mundo que pasó para no volver; nosotros pretendemos merecer el apoyo de aquella gran parte del público que todavía se complace en las hondas emociones estéticas, y gusta de que, con las apariencias de lo real y con los vivos artificios de la escena, se la transporte á la región donde el alma respira el ambiente de los más puros ideales.»

¡Muy-bien sentido, y muy bien expresado!

La de Parish, escribe:

«La empresa de este teatro, que acometió hace un año la realización de los propósitos que la animan, y que siempre han de animarla en pro del arte lírico nacional, emprende ahora nueva campaña.

Ha procurado para esto, presentar una compañía de Zarzuela y Opera española, tan numerosa y escogida, como jamás conoció Madrid en este género de espectáculos.

Y ha solicitado y obtenido á la vez, el concurso de distinguidos literatos y eminentes maestros compositores.

Con tales elementos da principio esta empresa á su segunda campaña, ganosa de contribuir al progreso más rápido y brillante del arte lírico español.» ¡Noble propósito!

Por su parte la dirección artística del Teatro Real, parece ha adoptado la hermosa resolución de dar á conocer varias óperas nuevas, de autores españoles, y hacer traducir al castellano los libretos de algunas de las italianas más notables, á fin de que el público pueda mejor conocerlas y estimarlas.

Cuatro teatros, Apolo, Zarzuela, Eslava y Romea, van á continuar sosteniendo el género chico: y otros cuatro, el Español, la Comedia, el Teatro Nuevo y Parish, van á combatir con el sublime arte. ¿Quién vencerá?

¡Harto sabemos que no siempre la victoria se pone del lado de aquellos que defienden las causas más justas!

La costumbre, que llega á ser una segunda naturaleza, arrastra á los teatros del género chico, como muy oportunamente dice el señor Sánchez de León, á los que sólo buscan el fútil pasatiempo que durante una hora les recrea la vista y el oído; pero existen otros, los legítimos amantes del arte, que van al teatro á entusiasmarse con los héroes, á celebrar las virtudes, á condenar los vicios, á rechazar las impurezas, á recrearse con las grandes concepciones del poeta y del músico.

De todos modos, la tentativa de esos teatros y los propósitos que animan á sus empresas son dignos del mayor encomio. Si esta vez caen también, no tardarán en levantarse; porque el verdadero arte es inmortal y, á imitación del ave Fénix, renace siempre de sus propias cenizas.

E. RODRIGUEZ SOLIS



NUEVO PELIGRO. — CUADRO DE JOSÉ FERNÁNDEZ ALVARADO. — Medalla de plata en la Exposición Nacional de 1897.



## MADRID ELEGANTE

Más pronto que en años anteriores ha comenzado en el actual, el regreso á la Corte, de los veraneantes, pues salvo contadísimas familias, en quienes las actuales circunstancias no influyen para que abandonen la antigua costumbre de visitar, durante el otoño, la capital de la vecina república, y aquellas otras, que como la duquesa de Fernán-Núñez y sus hijos, permanecen en sus históricos castillos hasta bien entrado el invierno; apenas se nota ya en la Castellana y el Retiro, la falta de los que habitualmente forman, en aquellos aristocráticos paseos, el núcleo de la gente que se divierte.

La inauguración de casi todos los teatros, ha llevado á las relucientes salas, ese público brillante de los estrenos, cuyos fallos dictatoriales, consagran la fama de un autor ó condenan sus obras con inapelables derrotas.

Después de Apolo y de la Zarzuela, de cuyo aspecto dábamos una vaga idea á nuestros lectores en nuestra última crónica; abrió sus puertas la diminuta y dorada *bombonière* de Lara, teatro que tiene su público, no el público que califica un periódico despiadadamente, en la siguiente frase:

Dejad que las cursis se acerquen á mí.

Sino una sociedad muy escogida, que en los días de moda, es, casi sin diferencia, la que forma el abono del Real y asiste á los lunes del Español.

Otro coliseo que merece este año la predilección del público, es el *Nuevo Teatro*, donde la compañía que dirige el inteligente actor Sánchez de León, representa á conciencia, obras muy notables del moderno repertorio. En aquel verdadero estuche, en que cada palco semeja una vitrina de cristal y bronce, lucen mucho las elegancias madrileñas, cuyas gentiles figuritas se destacan del fondo rojo como porcelanas de Sajonia.

El capítulo de bodas es inagotable; por eso, no ha de faltar nunca en una crónica mundana.

Se ha realizado ya la del ilustre joven y bizarro oficial de artillería, don Gonzalo de Ozores, primogénito de los señores de Rubianes, mar-

queses de Aranda y de Guimarey, con su prima hermana, doña Beatriz Saavedra y Salamanca, gentilísima señorita, hermana del actual conde de Urbasa. Las poéticas arboledas de la Alhambra, prestan ya sombra á los amor es de esta interesante pareja, digna por sus méritos, de todas las felicidades.

Y el director de *El Imparcial*, cuya boda anuncié veladamente en una de mis primeras crónicas de este ALBUM, se encuentra ya en Galicia, pasando la luna de miel con su señora, hija de los marqueses de San Miguel de Aguayo.

De bodas próximas á realizarse, citaré la de la señorita de Casanova, hija de la marquesa de Oteiro, con don Rafael Gordón, hijo de la condesa de Mirasol, teniente - aya de S. S. A. A.; la del joven marqués de Jura - Real, con doña Josefa Caballero y Echagüe, hija de la marquesa, viuda de Somosancho; la de don Fernando Maldonado, primogénito de los marqueses de Castellanos, con la joven marquesa de Trives; y en fin, la hija menor de la marquesa de Alonso Martínez, contraerá matrimonio con el señor Jové, sobrino del vizconde de Campo - Grande.

La vida está llena de contrastes, y si estas crónicas han de ser fiel reflejo de lo que ocurre en la vida aristocrática de la Corte, fuerza será pasar, sin transición, desde las tintas rosadas de esos enlaces en lontananza, á los negros crespones del duelo en que se envuelven ilustres familias, con motivo de recientes desgracias. Una de éstas, de las que dejan honda impresión en el ánimo del más indiferente, ha sido la muerte del joven, don Juan Manuel Agrela y Herreros de Tejada, á la edad de 24 años, cuando hacía apenas quince meses que había contraído matrimonio con una encantadora señorita, doña Josefa Pardo y Manuel de Villena, que hoy prepara con mano trémula y con los ojos llenos de lágrimas, la canastilla de su primer hijo.

Triste, desconsolador espectáculo fué el entierro de aquel joven lleno de buenas cualidades, querido de cuantos le trataron, adorado de su familia, cuyo féretro, al salir para siempre de aquella linda casita de la calle del General Castaños, nido y tumba de sus breves amores, era llevado en hombros por su hermano Mariano, y por sus íntimos amigos; mientras en el portal y en la calle, se descubrían con respetuosa pena, todos los que fueron sus compañeros de colegio en Deusto: los Santa - Cruz, los Granadas, los Perijaas, los Vía-Manuel, los Orgaz, los Gil Delgado, los Vista - Hermosa, y tantos otros.

Descanse en paz el ilustre joven.

A la hora en que trazamos estas líneas, acaba de expirar un respetable hombre público, el senador del Reino, conde de Canga - Argüelles.

Quede para otras plumas el relatar las peripecias de la larga vida política de este hombre Integérrimo; nosotros, recordaremos solamente, como uno de sus mayores títulos de gloria, sus campañas en pro de la moralidad, que en estos últimos años, llegaron á constituir en él una verdadera obsesión.

El conde de Canga-Argüelles, deja cuatro hijos: don José, heredero del título, viudo de doña María del Busto y García del Rivero, de ilustre familia asturiana; doña María del Rosario, casada con don Carlos Bernaldo de Quirós, hermano del marqués de Campo-Sagrado; doña Ana, casada con don Fernando Muñoz, primogénito de los duques de Riánsares y de Tarancon; y don Francisco, que permanece soltero.

También ha sido muy sentida, la muerte de la ilustre marquesa de la Romana; por la que aun visten de luto, muchas linajudas familias.

Para no cerrar esta crónica bajo tan tristes impresiones, hablaré de los salones que parece estarán más animados en el próximo invierno. Será uno de estos, el de los marqueses de Monteagudo, donde, al decir de sus íntimos, va á levantarse un teatro, en que podremos admirar el talento cómico de muchos aristocráticos jóvenes que se han hecho aplaudir, durante el verano, en el que poseen en Zarauz, los duques de la Unión de Cuba.

Volverá, pues, á verse reunida la sociedad aristocrática, en aquel antiguo palacio, morada, un tiempo, de los condes de Oropesa, duques de Frías, perteneciente más tarde á don Enrique Salamanca, y convertido hoy, por sus actuales propietarios, en rico y copioso museo de preciosidades arqueológicas.

El salón de la marquesa de Squilache, á quien se espera muy en breve, será como siempre, centro diario de la sociedad elegante, y en el suntuoso palacio de los duques de Denia, se congregarán, cual de costumbre, literatos, políticos y artistas.

El marqués de Larios, hace grandes obras para su instalación en el palacio de Anglada, y la marquesa de Coquilla, prepara también su traslado al de Villahermosa.

Por último, se espera que volverá á su antiguo hotel de la Castellana, una familia muy querida en Madrid, y que pasa grandes temporadas en Barcelona, la de los marqueses de Vistabella.

MONTE - CRISTO



LA BOTILLERÍA. — REPRODUCCIÓN DE UN AGUAFUERTE DE JOSÉ LLOVERA.



A la distinguida  
artista

JUANITA  
FERNANDEZ

# INTRO

CANCION  
CATALANA

MUSICA DE  
JUAN ROMANI Y  
GUERRA

LETRA DE  
d. Garcés  
Codinach

†



Letra de J. GARCÉS.

## INTIMA.

Música de J. ROMANÍ y GUERRA.

**CANTO.** Moderato.

Jo he sen - tit u - na ven be - lla que ha si -  
 Letra castellana. U - na voz sen - ti - da y dul - ce a - rro -

**PIANO.** Moderato.

*p*

*espress:*

- gut lo men en - cant no e - ra pas de cap au - ce - lla mes d'un  
 - bó to - do mi ser no e - ra un a - ve quien can - ta - ba si no un

*led.* \*

an - gel e - ra el cant Fins m'a par ò - ir en - ca - re - din - tre el  
 an - gel del E - den Des de el di - a en que su a - cen - to - em - bar.

*led.* \* *led.* \* *led.* \*



cor, son ac-cent dols y no'm-plau-hen ja des d'a-re las can  
- go - me el co-ra-zon me pa-re-ce in-sul-so y fri-o el can-

ritard.: molto. á tempo.  
- çons dels ros-si-nyols. Si'm pro-mets vi-de-ta me-va no es-pli-  
- tar del rui-se-ñor Si me guar-das el se-cre-to de ro-

- car res á nin-gú 't-di-ré... qu'es la veu te-va y que'l  
- di-llas y has-ta en cruz te di-ré que es la voz tu-ya que a quel

pp cres:  
an-ge-let ets tu si'm pro-mets vi-de-ta me-va no es-pli-  
an-gel e-res tu Si me guar-das el se-cre-to de ro-



*ritard:*

- car res á nin - guí 't di - ré, qu'es la ven te - va y que'l  
- di - llas y has - ta en cruz te di - ré que es tu voz tu - ya que a - quel

*f ritard:*

an - ge - let ets tu.  
an - gel e - - res tu.

*1º tempo.*

Queda terminantemente prohibido venderla por separado.





# EL IDEAL

NOVELA

I

EL maldito vicio que tenemos todos de meternos donde no nos importa, fué la causa del primer disgusto de Federico con sus padres.

Imaginad, un matrimonio como Dios manda, que vive haciéndose las más halagüeñas ilusiones respecto al porvenir de su hijo, á quien tiene estudiando en la capital de provincia, y podréis suponer el efecto que producirían las palabras de un amigo, que volvió al pueblo haciéndose cruces por la mala conducta del muchacho.



Fué el primer día, después de veinticinco años, que no se comió con sosiego en casa de don Manuel Ozcariz. Juzgada la cuestión desde el punto de vista que la presentaba el entrometido amigo, revestía caracteres de gravedad. Federico no estudiaba, habíase dado á los vicios; frecuentaba las malas compañías, y su conducta servía de escándalo para todos sus compañeros. Y aun más. El muchacho, había entrado en ganas de hacerse hombre célebre, y pasaba el tiempo escribiendo en periódicos soeces y asquerosos; de esos que vociferan sin ton ni son y nada encuentran bien. Y aquí, el susodicho amigo, añadió larga serie de consideraciones y comentarios de su propia cosecha, para demostrar que Federico estaba deshonorando el buen nombre de don Manuel Ozcariz y de doña Carmen López; acabando por decir que cuando Federico regresara al pueblo, todas las personas decentes le negarían su saludo.

¡Lo qué lloró doña Carmen! El inmenso cariño que hacía su hijo sentía, sirvió para que viese aquellos peligros abultados, suponiéndolos más graves de lo que eran en realidad. ¡Su hijo hecho un perdis, un demagogo, un libertino!... ¡Dios de Dios! ¡Qué decepción más tremenda sufrió la pobre madre! Hasta entonces, habíase mostrado orgullosa de su hijo: hablaba de él, con veneración, ufánándose de que el joven que ganaba los primeros premios en la Universidad fuese su Federico; y dejando volar su imaginación en alas de la fantasía, figurábase que á la vuelta de no muchos años, el que entonces llamaba *mi chico*, sería hombre hecho y derecho, respetado por todos, y digno de ocupar uno de los primeros puestos en la magistratura. ¡Miren cómo la revelación del amigo, destruyó todos aquellos hermosos castillos, y acongojó horriblemente el alma de doña Carmen!

En don Manuel, fué el efecto distinto, aunque no por esto dejó de ser desagradable. Por primera providencia, se rascó la barba, costumbre que tenía mi hombre cuando trataba de resolver algún problema de difícil solución, y luego, hizo repetir al amigo la letanía de dicerios contra el muchacho, exigiendo pruebas de los cargos que se imputaban al estudiante.

¿Pruebas has dicho? Las hubo y bien contundentes. Federico, había dejado de pagar el mes á su respetable patrona; la primera.

— ¿Qué ha hecho ese tunante del dinero? — interrumpió la madre.

— Lo ignoro, señora. Lo habrá perdido en el juego.

Segunda prueba: Federico faltaba á clase dos meses seguidos. Tercera: hallándose la estación muy avanzada, iba el joven sin abrigo, con un mal trajecillo de verano; signo evidente de que la capa y el gabán estaban cuidadosamente guardados en alguna caja de préstamos. Cuarta: según revelación de la misma patrona, Federico se retiraba á horas escandalosas, las tres ó las cuatro de la madrugada, y muchos días no iba á dormir. Quinta

prueba: unos periódicos en los que se leía el nombre de Federico Ozcariz y López, (con los dos apellidos para que no hubiese lugar á dudas) firmando párrafos contra el gobierno, hablando mal de la monarquía y de nuestra santa religión. Sexta...

— ¡Basta! ¡basta! — dijo don Manuel, ardiendo en coraje — no necesito más. Es suficiente con lo que sé... Mañana mismo iré á la capital, á ver á ese caballerito.

— Y yo te acompañaré — objetó doña Carmen.

— No querida esposa, no es preciso. Me basto y me sobro yo, para imponer á nuestro hijo el correctivo que merezca.

Se originó una disputa; la única que tuvieron Carmen y Manuel durante los veinticinco años que llevaban de matrimonio. Suplicó ella, lloró á lágrima viva, invocó sus derechos de madre; pero todo fué inútil. Manuel mantúvose firme y terco en su resolución.

— Iré solo, solo. De nadie necesito.

Y si la comida fué mala, la cena fué peor todavía; porque los padres de Federico no volvieron á hablar palabra ni probaron bocado.

Decid ahora que no puede hacer buenos oficios un amigo que se inmiscuye en el sagrado de una familia pacífica.

II

Halló don Manuel á Federico, con las manos en la masa, como suele decirse. Estaba el joven en su cuarto de estudiante, en compañía de tres muchachos imberbes, que se ocupaban en la importante tarea de corregir unas pruebas de imprenta. La inesperada presencia de su padre, produjo en Federico ligera turbación; mas, reponiéndose en seguida, le abrazó, dióle la bienvenida, y presentóle después á los muchachos que con él se hallaban.

Tentado estuvo don Manuel de emprenderla á cachetes con todos aquellos mocosos; no obstante, se abstuvo, y como persona de buenos principios, saludóles afablemente y hasta les puso buena cara, mientras hacía rápido examen de la habitación, convertida por el desorden, en cuchitril de traperos ó cueva de mendigos. La cama sin levantar, el piso sucio y lleno de papeles, la mesa parecía un baratillo, las sillas atestadas de libros, las perchas caídas y sin ropa; sobre la cómoda restos de una cena ó de un almuerzo en que tomaron parte cuatro ó cinco individuos, á juzgar por los platos, las copas y las botellas; el aire del cuarto enrarecido y pestilente, por el continuo fumar de aquellos jovencuelos; detalles éstos, que irritaron en gran manera á don Manuel, quien abrió la boca para lanzar rúspice furibundo á su hijo; mas, á tiempo de hacerlo, hubo de cambiar de parecer, porque se contentó con decir:

— Vais á ahogaros... No sé por qué no está abierto el balcón.

Los compañeros de Federico, continuaron impasibles

conforme les sorprendiera el recién llegado. Eran jóvenes de gran frescura que por nada ni por nadie se contrariaban. Despacharon con calma sus quehaceres, hablaron de sus cosas, y luego, cuando todo estuvo terminado, despidiéronse de don Manuel con aire de protectores, ofreciendo su amistad y sus personas, cual si fuesen personajes de alto poder.

Maravillado estaba el padre de Federico, viendo las ínfulas que me gastaban aquellos nenes; y más todavía, observando el aplomo, la seriedad con que trataban las cuestiones políticas, y sobre todo, la firmeza de sus palabras.

Como hombre prudente y de recto criterio, sufrió aquello, que él tenía por displicencias y tonterías de la edad; pero, en cuanto se vió solo con su hijo, cambió de actitud y de gesto, y en tono de reprimenda, empezó diciendo:

— Ajustemos cuentas, amiguito. Puedes suponer que no vengo del pueblo sin motivo justificado. Siéntate y hablemos.

Federico miró con extrañeza al autor de sus días, augurando un temporal borrascoso. Obedeció sin réplica; y don Manuel antes de entrar de lleno en el asunto, como buscaba manera de decir lo que quería sin que perdiera una línea su prestigio de padre, anduvo por las ramas un buen rato, haciendo relación del estado en que se encuentra la juventud actual, y de paso, recordó los buenos y benditos tiempos en que él polleaba. Fué tan largo su discurso, que Federico hubo de interrumpirle.

— ¿Ha venido usted expresamente para decirme eso?

Irritóse don Manuel. Puso cara de pocos amigos y tartamudeó al contestar.

— A lo que he venido, granuja, es á cortarte las alas, á poner freno á tus vicios, á pedirte cuenta de tu conducta.

— ¿De mi conducta? No sé que haya dado motivo para tal reprensión.

— ¡Con que no! ¿eh?...

Por fin, don Manuel lo desembuchó todo, sin dejar nada. Dijo que en el pueblo todo el mundo estaba escandalizado; que se hablaban horrores de él, que se conocía *ce* por *be* su vida, y que su deber de padre



obligábase á tomar ciertas medidas, para evitar que se malograra.

— ¿Y qué me importa lo que el mundo pueda pensar de mí? — dijo Federico, con la mayor sangre fría.

— Pero me importa á mí ¿lo entiendes? me importa á mí, que tengo el derecho de saber lo que haces, y el destino que das al dinero que te envío.

Hubo pausa prolongada, tras de la cual, don Manuel formuló contra su hijo los cargos que traía apuntados en cartera.

— A ver que dices de todo esto. Demuéstrame que



no es cierto cuanto digo... Veamos como aguzas el ingenio para inventar excusas.

— No, padre, — dijo el joven sosegadamente — no voy á inventar excusas. Voy á justificarme nada más.

— ¿Confías que es verdad todo?

— ¡A qué negarlo!... Tiene usted razón; le han informado muy bien.

— ¡Y lo dices así, con esa frescura, con ese cinismo! Pues te advierto que no conoces todavía el genio de tu padre, y que andas muy equivocado si crees que voy á dejarme engañar con pamplinas y mimos.

— Deje usted que me defienda al menos; y luego, si me juzga delincuente, sométame al castigo que crea del caso.

Don Manuel, asombrado, hizo un gesto como queriendo decir: «¡aun se atreverá á defenderse este muchacho!» y Federico, dió comienzo á su defensa, sin alterarse, con voz pausada, como letrado que quiere lucir sus galas oratorias ante público selecto. No negó nada. Era cierto que no iba á clase, que tenía la ropa empeñada, que no había pagado á la patrona, que se retiraba muy tarde por las noches;... pero eso no quería decir que malgastase el tiempo y el dinero, ni que anduviera por un camino de perdición. Dejaba de ir á clase porque se matriculó en enseñanza libre, y no era obligatoria la asistencia diaria á la Universidad; no pagó á la patrona porque invirtió el dinero en una empresa que, si no le daba grandes beneficios pecuniarios, proporcionarle al menos honra y provecho.

— Hablemos claro — interrumpió don Manuel — quiero saberlo todo — ¿qué empresa es esa?

— He fundado un periódico, en compañía de esos jóvenes que han salido hace poco.

— ¿De esos títeres?

— Trátelos con más respeto: son muchachos de talento.

— Botarates si que serán.

Federico movió la cabeza en señal de disgusto.

— No aventure usted prejuicios, tratándose de personas á quienes no conoce.

— Bien, bien; que esos jóvenes sean lo que les dé la gana, me tiene sin cuidado. Tú eres quien me importa. Sigue tus descargos, que, á fe mía, si te dejan hablar no han de condenarte. ¿Y tu capa? ¿y tu gabán? ¿por qué vas en este tiempo con ese traje?

— El invierno es poco riguroso, y aunque lo fuera, soportaría con placer el frío, por hacer una obra de caridad. He empeñado cuanto tenía, para socorrer á un correligionario que está preso.

— Pero ¿estás en tu juicio, Federico?

Sonrió el joven. Bien se echaba de ver que su padre era de otra generación y de otras ideas!

— Hijo mío — repuso don Manuel con acento reposado — demasiado pronto has querido meterte en el intrincado laberinto de la política. Ten presente que sólo te proporcionará disgustos y sinsabores; y además, que no me parece noble ni justa la causa que defiendes. Ha llegado á mis manos uno de esos escritos que has teni-

do la osadía y la desvergüenza de dar á la estampa con tu nombre...

— ¿Acaso está mal?

— No es eso. Quiero decir que no me agrada poco ni mucho que un hijo mío se convierta en vocinglero descamisado. Estaría bien, si fueses un pobre que no tuviera sobre que caerse muerto; pero, á Dios gracias, no es así. Tu porvenir no está en la política sino en tu casa. Termina la carrera con lucidez y vente luego al pueblo á vivir tranquilamente. Deja al mundo y á la sociedad tales como están; que los arregle el que quiera.

— Esas ideas, padre querido, son buenas para ustedes, para los viejos. Nosotros, los hombres de hoy, los que sentimos arder en nuestro pecho la llama de la juventud, debemos sacrificarnos en aras de nuestros ideales. Esta empresa, dirá usted, requiere arduo trabajo ¿qué importa? El mundo está muy mal organizado, y es preciso que los hombres lo arreglen. La inmoralidad cunde, la tiranía se ensorbece; nos hallamos como en los peores tiempos de Roma. Existe gran desigualdad entre las clases sociales; y es preciso que esas diferencias se borren, que el oprimido recobre sus derechos, que cese el despotismo, que el sol de la justicia brille esplendoroso para todos, que el trabajo sea el lazo que una á los hombres, que no haya señores y siervos, grandes y chicos, que caigan destruidos, hechos polvo, los cimientos de esta sociedad caduca, que los hombres gastados pasen á la historia y sean substituídos por jóvenes de vigorosa energía, inspirados en los preceptos de una moral sana y pura... En fin, padre, no es este el momento más oportuno para que le exponga las teorías de nuestro programa, que es el de todos los hombres honrados, amantes del progreso... Mañana tenemos reunión en uno de los teatros. Vendrá usted y podrá apreciar quien soy, lo que pienso y si merezco los reproches que antes me dirigió.

Dejó Federico á su padre, aturdido y confuso por todo aquello que acababa de decirle; mas, repuesto don Manuel y haciéndose cargo de la situación, quiso oponerse resueltamente á que su hijo continuase por aquel derrotero.

— Esta noche te vienes al pueblo conmigo, y se acabó todo.

El joven protestó. No iba al pueblo. Tenía compromiso contraído con sus amigos. Pidió como favor especialísimo á su padre que no le obligara á cometer una atrocidad.

— Antes de faltar á mi palabra, me pego un tiro. Mañana he de hablar en el *meeting*, y vendrá usted á oírme.

— ¡Quién! ¿yo? ¡Ni por estas!

Hizo la cruz y la besó, añadiendo luego:

— ¿Sabes lo que te digo? Que puesto que te me subes á las barbas y los consejos son letra muerta para ti,

desde hoy te abandono. Haz lo que quieras. Alguna vez te acordarás de tu padre, arrepintiéndote de no haber hecho caso de mis razones...

Y abandonó la casa donde se hospedaba Federico, y fuese en busca de alojamiento; dispuesto á volver al pueblo y dejar al joven abandonado á su suerte.

### III

Pero hete aquí, que lo primero que llamó la atención de don Manuel, fué un grupo numeroso de gente, que estaba leyendo un cartelón de papel rojo, pegado en la esquina de la calle. Acercóse, por curiosidad, y pudo leer en letras grandes la palabra *¡Ciudadanos!* que encabezaba la citación al *meeting* de que le hablara Federico.

Uno de los curiosos leyó en voz alta; era un llamamiento á todas las clases sociales, y lo mejor del caso es, que firmaban el cartel los políticos más significados de la capital, entre los cuales figuraba el nombre de su hijo. Decir que á don Manuel, á pesar del disgusto que acababa de recibir, le desagradó aquello, sería faltar á la verdad. Por lo contrario, experimentó gratísima satisfacción al pensar que Federico podía codearse con los personajes más notables de la provincia. ¡Lo que es la vanidad!

Detalle tan insignificante, al parecer, cambió por completo las ideas de don Manuel, quien una vez en el cuarto de una fonda de segundo orden, donde fué á hospedarse, calculó que se había mostrado muy cruel para con su hijo, y que en rigor, no era merecedor de aquel abandono con que le amenazara.



Decidió, por tanto, no volver al pueblo y esperar al día siguiente para juzgar en que paraba todo aquello. Largo sería, decir lo que pensó don Manuel durante las horas que faltaban para la celebración del *meeting*. Diré nada más, que se arrepintió de haber dado motivo de disgusto á su hijo, y resolvióse á transigir después del acto político que tenía que verificarse.

Don Manuel, fué de los primeros en asistir al teatro.

JULIÁN PÉREZ CARRASCO

(Continuará).



LIBROS PRESENTADOS Á ESTA REDACCIÓN POR AUTORES Ó EDITORES.

OCIOS CRUELES. — *Colección de poesías*. — Autor, Rosendo Villalobos. - Bolivia.

No son versos vulgares ni mucho menos. Campea en todos verdadero estro, imágenes bellísimas y bastante pulcritud en la forma; especialmente en los asuntos originales, donde el poeta vuela con entera libertad. Los versos traducidos ó imitados han de resultar incorrectos por fuerza; siendo de lamentar la predilección que á ese género muestra el señor Villalobos. Quien siente y discurre como él, no necesita buscar inspiración ni moldes en los demás. Nuestra cordial enhorabuena, y las gracias más expresivas por el envío de ejemplares á esta Redacción.

#### SUMARIO DEL NUMERO PROXIMO

CUBIERTA EN COLOR; de Sans Castaño.

¡Terrible venganza! — Caricaturas de Fradera.

PÁGINAS EN COLOR. — *Julio A. Roca, Presidente de la República Argentina*. Retrato y artículo biográfico de Antonio Astori.

¡Malagueñas! Cuadro de Gil de Palacio, y cantares de Narciso Díaz Escovar.

*En paz y jugando*. Cuadro de Román Ribera.

*Paisaje del natural* (Italia). Cuadro de Enrique Serra.

PÁGINAS EN NEGRO. — *El harén turco*. Artículo de José Ramón Mélida; con ilustración fotográfica.

¡*Dos madres!* Artículo de Fernando Girbal Jaume; ilustrado por Gastón Pujol.

*Los hastiados*. Artículo de Antonio S. Briceño.

*La Alhambra* (Fantasía). Artículo del Marqués de Premioreal; con varias vistas fotográficas.

*Por esos mundos*. Artículo de Emilia Pardo Bazán.

*El ideal*. Continuación de la novela de Julián Pérez Carrasco; ilustrada por A. Seriná.

MOSAICO.

REGALO. — *Gavota infantil*, para piano; original de Arturo Alarcón.

*Reservados todos los derechos de propiedad artística y literaria.*

Impreso por F. Giró. — Papel de Sucesores de Torres Hermanos. — Litografía Labielle.